



**LAS PRÁCTICAS Y DISCURSOS DEL ADULTO COMO
FACILITADORES O INHIBIDORES DEL DUELO EN LA INFANCIA.**

Estudiante: Schwager Raymondo, José Agustín

C.I.: 3.940.744-1

Tutora: Mag. Evelina Kahan

Montevideo, Uruguay.

Viernes 28 de octubre del 2016.

Resumen:

El presente trabajo monográfico intenta vislumbrar cómo los discursos y prácticas adultas en relación a la muerte ofician como facilitadores o inhibidores de los procesos del trabajo de duelo en la infancia. Así mismo como estos discursos y prácticas están determinadas por las representaciones socio culturales de la muerte en cada momento socio histórico.

El abordaje se realiza desde un marco teórico que articula: la perspectiva psicoanalítica en relación al duelo, la epistemología de la psicología genética, y también visiones desde perfiles sociológicos y antropológicos para entender cómo se configuran estas representaciones socio-culturales de la muerte.

Se realizó una revisión del estado del arte en el tema. Intentando posteriormente realizar una articulación teórica que contemplara autores clásicos y contemporáneos sobre los marcos epistémicos de referencia.

Como principal resultado se evidencia que actualmente existe una tendencia general desde los adultos a separar a la infancia de todo lo que tiene que ver con la muerte, tanto a nivel discursivo como en las prácticas concretas. También que los sentidos que pueda adjudicar y comunicar el adulto al niño sobre la muerte; y su inclusión en los ritos fúnebres, son altamente significativos para la elaboración del duelo en niño. Por ende, la tendencia adulta general actual resulta más inhibidora que facilitadora para los procesos dinámicos del trabajo del duelo infantil.

Palabras clave: Infancia, duelo en la infancia, duelo.

ÍNDICE

| | |
|---|------------|
| Resumen..... | pág.1 |
| Introducción | pág. 3-4 |
| Capítulo 1 | |
| 1.1. Representaciones socio-culturales de la muerte en el devenir histórico...pág. | 5-8 |
| 1.2- La muerte en la actualidad | pág. 8-11 |
| Capítulo 2 | |
| -Nociones conceptuales del duelo desde la perspectiva psicoanalítica.....pág. | 12-16 |
| Capítulo 3 | |
| - La elaboración del concepto de muerte en el niño | pág. 17-20 |
| Capítulo 4 | |
| - El duelo en la infancia | pág. 21-23 |
| Capítulo 5 | |
| - La muerte de un progenitor | pág. 24-26 |
| Capítulo 6 | |
| - El adulto como facilitador o inhibidor del trabajo de duelo en la infancia.....pág. | 27-33 |
| Consideraciones finales | pág. 34-35 |
| Referencias bibliográficas | pág. 36-38 |

Introducción.

La elección del tema viene de la mano de mi pasaje por un proyecto enmarcado en el ciclo de graduación, en cual tuve la oportunidad de participar en la intervención clínica con niños en el CIC-P de la Facultad de Psicología, donde uno de los casos fue un pequeño consultante que hacía muy poco tiempo había perdido a su madre.

En estos tiempos la muerte parece ser un tema del que no se quiere hablar, casi tabú. Parece no haber tiempo ni espacio para manifestar el dolor y la angustia concomitante a la experiencia de pérdida de un ser querido. Los deudos quedan solos con su padecer, no lo pueden compartir, no lo pueden manifestar en público, todo debe de seguir. Cuando la muerte azota a una familia, las manifestaciones de duelo y luto quedan restringidas a ese círculo. Ya no hay contención social, ya no hay un entramado interpersonal que sostenga y signifique esa pérdida. En muchos casos son padres que acercan a sus hijos al ámbito clínico de la psicología buscando apoyo para los más pequeños, cuando en realidad también ellos lo necesitan. Porque su función como adultos es determinante para la elaboración del duelo del niño, todo lo que diga o haga en relación a la pérdida será sumamente significativo para éste niño.

Las representaciones socio-culturales de la muerte en el devenir histórico han generado diferentes tipos de sensibilidad frente a ella. Se ha pasado según Ariés (1983) de una muerte “domada”, familiar, cercana, a una muerte “excluida”, “invertida” (pág. 500), la cual ha sido expulsada de la sociedad, que ya no quiere ni tiene tiempo para sus manifestaciones sociales.

Esto produjo en la actualidad un tipo de sensibilidad que configuró prácticas y discursos singulares en relación a la muerte que; según varios autores, van en detrimento de los procesos de elaboración del duelo, tanto en niños como en adultos.

Este trabajo está dividido en capítulos que intentan abordar desde múltiples ópticas y marcos epistémicos el problema del duelo en la infancia, y más específicamente, la relación directa entre las manifestaciones adultas en relación a la muerte y su impacto en el duelo en el niño.

El primer capítulo brinda un recorrido por las diferentes representaciones socio-culturales de la muerte en la historia, que intentan vislumbrar cómo llegamos a este tipo de

representación actual de la muerte, y cómo la cultura determina al adulto que reproduce discursos y prácticas que tienen injerencia directa en el niño que padece una pérdida significativa. El segundo capítulo propone un abordaje de los procesos psíquicos del duelo desde la perspectiva psicoanalítica, articulando autores clásicos y contemporáneos. El tercer capítulo da cuenta; entre una articulación epistémica de la psicología genética y el psicoanálisis, de cómo se desarrolla el concepto de muerte en el niño. Esto para entender cómo puede afectar en diferentes etapas de desarrollo algunas verbalizaciones o prácticas adultas frente al niño que padece una pérdida. Como cuarto capítulo, se especifican algunas características particulares de los procesos del trabajo del duelo la infancia desde la perspectiva psicoanalítica, para darle complejidad a la noción de duelo en general, y visualizar las necesidades particularidades de los niños en la diferentes etapas. El quinto está dedicado a ver las particularidades del duelo en el niño que pierde un progenitor, porque esto aumenta la complejidad de la tramitación de su duelo, y se da una situación especial entre éste y el progenitor que sobrevive. Por último, se vislumbran qué repercusiones tienen los discursos y prácticas de los adultos vinculados a la muerte en los procesos de elaboración del duelo en la infancia.

Capítulo 1.

1.1 Representaciones socio-culturales de la muerte en el devenir histórico.

A consideración de Ceriani (2001) históricamente el ser humano como especie ha atribuido a la muerte; gracias a su capacidad inherente y exclusiva, diferentes sentidos mediante símbolos y significaciones. Esto en virtud de “otorgar un sentido coherente al hecho inevitable de la muerte” (Ceriani, 2001, p. 326).

Según el autor estas representaciones socioculturales que invisten y significan a la muerte han variado en el devenir histórico de occidente, y se manifiestan de manera concreta en los diferentes ritos o prácticas llevados a cabo por cada cultura según el momento socio histórico en particular. Lo precedente en el entendido de que la muerte trasciende lo fisiológico, y se envuelve en un correlato de significaciones socioculturales que ofician de marco contextual al hecho concreto y esencial de la muerte biológica, dimensionándola y transfigurándola así también como hecho socio cultural. Alineando con ésta idea Bacci (2010) nos dice que “Más allá de su implicancia biológica, la muerte refiere a un concepto construido cultural y socialmente” (p. 1).

El fenómeno de la muerte comporta una dimensión antropológica, filosófica, biológica, religiosa, sociológica y psicológica cuya investigación nos permitirá sólo comprender las representaciones colectivas y subjetivas que se han dado a lo largo de la historia (Ortiz, 2007, p. 60)

Las características de cada momento socio histórico configuran las actitudes, creencias y prácticas frente a la muerte. Teniendo gran incidencia los modelos económicos, políticos, y las formas de organización social con respecto a estos dos determinantes anteriores.

Para Ceriani (2001) la muerte de un ser humano podría representarse de alguna manera en una divergencia que implicaría dos polos: un polo personal, y un polo social o público. El primero compromete a la esfera personal y el contexto más próximo, que involucra al duelo y la angustia concomitante a la experiencia de pérdida, mientras que al segundo compete el luto y las manifestaciones socioculturales asociadas a la muerte, como son las prácticas y ritos funerarios y religiosos.

El autor destaca la relevancia de estas prácticas socio culturales que corresponden al luto por su valor de significación, que ofician como continente social para los procesos

singulares de duelo, y que ayudan a canalizarlo por vías de elaboración contingentes al hacerlo compartido.

Los mecanismos sociales del luto resultan aquí de vital importancia en la resolución de las crisis individuales que plantea el duelo, figurándose de esta manera como un mecanismo regulador y dador de sentido, cuyo propósito, entonces, es resguardar al deudo de experiencias que podrían llevarlo hasta la autodestrucción (Ceriani, 2001, p. 327)

Esto es capital para entender la relevancia de los aspectos socioculturales que determinan al adulto, y que permiten o no favorecer desde su función la elaboración del duelo del niño ante una pérdida significativa.

Ceriani (2001) destaca el valor de la tipología sobre los idearios de la muerte elaborado por el historiador francés Philippe Ariés.

La piedra angular de ésta sociología histórica reside en vislumbrar los notorios cambios en las actitudes y mentalidades sobre la muerte experimentados por occidente y la relación que estos cambios presentan con otras esferas de la vida social (como la reconstrucción de la familia, la economía, los avances de la medicina, y el aumento de la esperanza de vida) (...) Nos permite indagar en algunas visiones generales sobre la muerte construidas por nuestra civilización, para luego poder enfatizar especialmente -con la ayuda de otros estudios y perspectivas- el problema de la muerte en el mundo contemporáneo. (Ceriani, 2001, p. 328).

Ariés (1983) nos dice que hasta principios del siglo XX, más específicamente hasta la primera guerra mundial de 1914 “En todo el occidente de cultura latina, católica o protestante, la muerte de un hombre modificaba solemnemente el espacio y el tiempo de un grupo social que podía extenderse a la comunidad entera, por ejemplo a la aldea” (p. 465).

Según el autor hasta ese momento la muerte era un acontecimiento público “no era solo un individuo el que desaparecía, sino la sociedad la que había sido alcanzada y que necesitaba cicatrizar. (...) La muerte ha sido siempre un hecho social y público” (Ariés, 1983, p. 465).

Durante el primer milenio de nuestra era, y gran parte de la edad media, las personas esperaban a la muerte en sus camas. La aceptación y la sencillez frente a ella se manifestaba en los ritos mortuorios, que si bien tenían su forma ceremoniosa y litúrgica, se vivían sin dramatismos ni excesos en gestos emotivos. La familiaridad, la austeridad, y las manifestaciones emocionales atenuadas que rodeaban la muerte en esta época fueron

determinante para que Ariés (1981) la catalogara dentro de su tipología como “la muerte amaestrada” o “muerte domada” (p. 501), como una especie de domesticación de una muerte salvaje.

La muerte es aquí una ceremonia pública y organizada. Organizada por el propio agonizante que la preside y conoce su rito secular, es decir la forma socialmente pautada de comportarse ante la eminencia de la muerte (...) La habitación de la casa donde residía el enfermo se convertía en un espacio público, la gente entraba y salía libremente. (Ceriani, 2001, p. 328).

Para Ariés (1983) la muerte en ese momento era socialmente sentida con familiaridad por su proximidad e intimidad, ya que constantemente estaban muriendo tanto niños y jóvenes, como adultos y ancianos. “Formaba parte de los riesgos cotidianos” (pág. 483) En relación a la infancia nos dice que no existió hasta el siglo XVIII alguna representación artística de una habitación de agonizante sin unos cuantos niños. Esto para Ceriani (2001) marca un contraste considerable con lo que ocurre en la actualidad “Que distinta se figura la actitud actual en ese afán de apartar a los niños de las cosas de la muerte” (p. 329).

A partir del siglo XI según Ariés (1983) se invierte por primera vez la relación entre el sí mismo y los otros, o lo social, por una toma de conciencia más individual. “El sentido de su identidad prevaleció sobre la sumisión al destino colectivo.” (p. 502) La muerte ahora pasa a tener un carácter más dramático y personal, la exaltación del individuo hizo cambiar los parámetros en relación a ella. “La pasión de ser uno mismo y de ser más, manifestada durante la vida, alcanzó por contagio a la sobrevivida (...) Su actividad inmortal traducía la voluntad del individuo de afirmar su identidad creadora en uno y otro mundo.” (p. 502) Esto tiene su manifestación concreta en que se hace extenso el uso de testamentos.

Una de las particularidades a nivel de ritos funerarios de esta etapa es cubrir el rostro del difunto; que otrora permanecía descubierto, con un sudario. Esta práctica parece responder a que los rasgos del muerto, que en una época anterior habían sido aceptados con tranquilidad, son ahora ocultados por el temor a conmovier a los deudos. A esta época que marca una nueva sensibilidad en cómo vive la representación frente a la muerte Ariés (1983) la denomina “la muerte propia” (p. 502)

Con el advenimiento de la modernidad, hacia el siglo XVI, se acerca un nuevo modo de entender y significar la muerte.

En la época moderna, la muerte, en lo que entonces tenía de lejano, fue cercana y fascinó, provocó las mismas curiosidades extrañas, las mismas imaginaciones y las mismas desviaciones perversas que el sexo y el erotismo. Por eso hemos llamado a este modelo diferente de los otros, *la muerte lejana y próxima*. (Ariés, 1983, p. 504)

Más próximo a nuestros días, en occidente entre los siglos XVIII y XIX, se toma otra postura frente a la muerte. “Se la exalta, dramatiza y representa como algo impresionante, absorbente y también cautivante.” (Ceriani, 2001, p. 330) Este tipo de representación de la muerte corresponde al modelo ético y estético del romanticismo. Donde lo central es la emoción que suscita la ausencia del otro, y la añoranza y el recuerdo motivan el culto a las tumbas y cementerios. Los cuales se visitaban con asiduidad, pudiendo los estratos burgueses y urbanos acceder a lugares de entierro que eran propiedad de la familia dentro de los cementerios, y no ya exclusivamente de la iglesia.

Añadía, además, un dramatismo y sentimentalismo nuevos y un complejo de duelo y luto significativamente marcados: la muerte, cosa que antes no era, se había convertido en el centro de aflicción y también de afirmación de los grandes afectos y amores (Ceriani, 2001, p. 330).

A ésta etapa Ariés (1983) la denominó “La muerte ajena” (p. 500).

1.2- La muerte en la actualidad.

Para el autor, en la actualidad, se produjo una inversión casi completa de las costumbres y la representación general de todo lo que rodea a la muerte, tanto en el duelo como en el luto.

Un tipo absolutamente nuevo de morir ha aparecido en el curso del siglo XX en algunas de las zonas más industrializadas, más urbanizadas (...) que es la de la *imagen invertida*, el negativo: la sociedad ha expulsado a la muerte (...) La sociedad ya no tiene pausas: la desaparición de un individuo no afecta ya a su continuidad. En la ciudad todo sigue como si nadie muriese. (Ariés, 1983, p. 466)

La muerte ahora representa lo indeseado, lo prohibido, lo oculto, lo negado. Pasando de ser un evento público, a uno privado, y siendo restringido solo a la familia y unos pocos allegados. Uno de los hechos más notorios que incidió directamente sobre este tipo de representación de la muerte fue la hospitalización sistemática de los moribundos generalizada a partir de la década del 40.

La habitación del moribundo ha pasado de la casa al hospital. Debido a sus causas técnicas médicas, ese traslado ha sido aceptado por las familias y facilitado por su complicitad. En adelante, el hospital es el único lugar donde la muerte puede escapar con toda seguridad a una publicidad desde entonces considerada como mórbida. (Ariés, 1983, p. 474).

Esto va paulatinamente desplazando la proximidad y familiaridad con que la sociedad sentía la muerte en épocas pasadas, la va dejando sin lugar, coartando las manifestaciones sociales del luto que son tan importantes para la elaboración del duelo personal, tanto del adulto, como del niño.

Lo que dominaba era el dispositivo psicológico que retiraba la muerte de la sociedad, que le quitaba su carácter de ceremonia pública, que hacía de ella un acto privado, reservado sobre todo a los allegados, de ahí, a la larga, la familia misma fue apartada cuando la hospitalización de los enfermos terminales se hizo general. (Ariés, 1983, p. 477)

El avance de la ciencia médica, la industrialización, la urbanización, y la prolongación de la expectativa de vida entre otros factores, determinaron que la muerte fuera siendo excluida progresivamente de una sociedad que ya no la tolera sus manifestaciones públicas. Esto deja al deudo prácticamente solo, sin posibilidades de contención social que le permitan elaborar de manera más compartida su duelo. La muerte se des-familiariza de la sociedad, y sobre todo de la infancia. Las prácticas, discursos, ritos y luto son ahora según Ariés (1983) los opuestos a los que se daban en épocas anteriores. Hoy se presenta como el negativo de lo que fue en otrora todo lo vinculado al correlato público de la muerte, es así como llega a ésta imagen de “la muerte invertida” (p. 465).

¿Cómo ha llegado esa comunidad a invertir su papel y a prohibir el luto que ella tenía por misión hacer respetar hasta el siglo XX? Es que esa comunidad cada vez menos implicada en la muerte de uno de sus miembros. Ante todo, porque pensaba que ya no era necesario defenderse contra una naturaleza salvaje abolida a partir de entonces, humanizada de una vez por todas por el progreso de las técnicas, médicas en particular. Luego ya no tenía sentido de solidaridad suficiente, había abandonado en efecto la responsabilidad y la iniciativa de la organización colectiva. (Ariés, 1983, p. 507).

Bacci (2010) piensa que otro factor determinante para que la muerte vaya siendo excluida paulatinamente, y sus manifestaciones sociales sean cada vez más atenuadas, responde también a la fragilidad de los vínculos en la hipermodernidad.

Sabemos que en la hipermodernidad los vínculos afectivos son poco sólidos, más bien temporales, flexibles y líquidos (...) Si la conceptualización y actitud frente a la muerte, su procesamiento, el duelo y su expresión el luto, más allá de la época en que se desarrolle depende y atañen a lo vincular, es posible pensar en la exclusión de la muerte o su fluidificación en el sentido que los vínculos se constituyen en la flexibilidad que permite descartarlos y descartarse – separarse más fácilmente (p. 1).

Por ende en esta sociedad contemporánea el duelo y el luto quedarían casi suprimidos a un pasaje de tiempo acotado, y a un espacio vincular restringido, como puede ser la familia. La hipermodernidad se ha quedado sin tiempo ni espacio para lo que se vincula con la muerte, a excepción de poder tratarla como un producto de mercado.

Para Allouch (1996) “No hay muerte ya a nivel de grupo, la muerte de cada uno ya no es un hecho social. No tiene prácticamente nada de público” (p.153).

Pensando en la incidencia que pueden tener estas representaciones socioculturales y sus prácticas concretas sobre en la comprensión del concepto de muerte en la infancia, y la elaboración del duelo, Ortiz (2007) afirma que:

El niño busca reafirmar su conocimiento objetivo, y vuelca sus esfuerzos al entendimiento de las pautas de su cultura. En este sentido podríamos afirmar que los códigos de significación cultural constituyen una base necesaria más no suficiente para la elaboración más acabada del concepto de muerte en el niño (p. 63)

Pero la sensibilidad de la cultura occidental actual, que permea el ámbito de la familia, que es al que ha quedado acotado las manifestaciones del duelo y el luto, parecen ir en detrimento de vías de elaboración del duelo más contenidas, compartidas y saludables. “En la trama familiar se filtran los hilos de la cultura, y la nuestra de hoy nos presiona con una temporalidad acelerada, que pulsa hacia resoluciones rápidas y adaptaciones eficientes.” (Scalozub, 1998, p. 376)

Para intentar pensar cómo estas representaciones socioculturales determinan las posibilidades de elaboración de duelo en los niños ante la pérdida de figuras significativas, Tizón (2009) nos dice que:

Las ideas de los niños sobre la muerte en buena parte dependen de las tradiciones culturales de sus familias y medio social. Si el medio social y/o familiar tiende a la negación,

disociación, desvinculación de la realidad de la muerte, los niños encuentran más dificultades cognitivas (y, por supuesto, afectivas) para encarar las diferentes facetas de la misma (p. 249).

Capítulo 2.

Nociones conceptuales del duelo desde la perspectiva psicoanalítica.

Es Sigmund Freud, quien en 1915 introduce la noción de duelo para la incipiente; hasta ése momento, teoría psicoanalítica. “El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 1915/1992, p.241).

Se explicita el carácter extenso de la noción de duelo, no quedando acotada exclusivamente a la pérdida de una persona amada, sino incluyendo pérdidas de condición más ideal. Si bien la intención del autor en éste texto es intentar pensar la naturaleza de la melancolía a través de la situación del duelo por sus características análogas; con excepción del empobrecimiento yoico que incluye la melancolía, éste introduce y brinda para la elaboración ulterior el concepto de duelo dentro de la teoría, y algunas concepciones básicas para entenderlo desde la perspectiva psicoanalítica.

Para Freud (1915) el trabajo de duelo operaría cuando, por examen de la realidad el sujeto constata que el objeto amado ya no existe más, y que emana ahora la imperiosa necesidad de retirar toda la libido enlazada a éste objeto. A lo anterior se opone la idea de que el hombre no renuncia de buen gusto una posición libidinal ya establecida, siquiera cuando un sustituto ya pudiera cumplir su función. Esta renuncia implicaría un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, mientras que en lo psíquico aún continuaría la existencia de éste objeto. Cada recuerdo en que la libido estaba anudada es clausurado y sobreinvertido hasta el desasimiento de ésta.

Lo que resulta enigmático para el autor es ¿Por qué ésta operación que implica el ejecutar el orden de la realidad resulta tan dolorosa para el deudo? Siendo poco plausible una fundamentación económica. Lo que sí afirma es que una vez completado este proceso del trabajo del duelo “El yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” (Freud 1915, p. 243) El principio de realidad es por ende determinante para la elaboración del duelo.

El objeto ya no existe más; y el yo, preguntado, por así decir, si quiere compartir ése destino, se deja llevar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado. Podemos imaginar que esa desatadura se cumple tan

lentamente y tan paso a paso que, al terminar el trabajo, también se ha disipado el gasto que requería (Freud, 1915, p. 252).

Para Freud (1915) por el principio de realidad; al constatar la falta, la libido se desanuda del objeto y volvería al yo temporalmente hasta encontrar un objeto sustituto, todo esto en un proceso que insume una gran cantidad de tiempo y energía de investidura.

En consonancia con ésta última idea, Melanie Klein (1940) piensa que puede establecerse una relación entre la posición depresiva de la neurosis infantil y el duelo normal. Pudiendo establecerse también una especie de conexión entre el principio o juicio de realidad en el duelo, y los procesos mentales más tempranos.

Creo que el niño pasa por estados mentales comparables al duelo del adulto y que son estos tempranos duelos los que se reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso. El método más importante para que el niño venza esos estados de duelo es, desde mi punto de vista, el juicio de realidad (Klein, 1940, p. 347).

Un ejemplo claro puede ser el destete, y el objeto de duelo el pecho materno, con todo lo que representó para el niño. Este puede llegar a sentir la pérdida es el resultado de sus propias fantasías e impulsos destructivos.

Según la autora de Marras, desde una edad temprana el niño en su relación con el entorno comienza a internalizar las figuras más significativas, incorporándolas como figuras vivas en su interior, configurando objetos "internos" o "internalizados" (Klein, 1940, p.348). Estos objetos son interiorizados por el niño bajo las categorías de buenos o malos, dependiendo su relación con los mismos en su experiencia real, transmutándose en imagos de orden interno.

El niño configura entonces un mundo de representaciones inconscientes en consonancia con sus experiencias relativas al mundo exterior, pero modulado por sus propias fantasías e impulsos. Por ende, la pérdida vivida en la realidad externa; principio de realidad mediante, implicaría un movimiento de reordenamiento interior que puede darse de manera contingente. Este proceso queda determinado por la relación con sus figuras significativas, y la respectiva internalización que haya logrado de las mismas.

El aumento de amor y confianza ayuda al niño paso a paso a vencer su depresión y sentimiento de pérdida (duelo). Lo capacitan para probar su realidad interior por medio de la

realidad externa. Al ser amado y a través de la alegría y la comodidad que experimenta en relación con el mundo, se fortalece su confianza en su propia bondad, así como en la de las personas que lo rodean, aumentando su esperanza de que los objetos buenos y su propio yo puedan salvarse y preservarse, y disminuye al mismo tiempo su ambivalencia y sus temores de la destrucción del mundo interno. (Klein, 1940, p. 349).

Esto es de capital importancia para pensar como el ambiente o contexto más inmediato del niño puede oficiar de sostén, y dar de sentidos a su pérdida. Ayudándolo a integrar o unificar imagos tanto internas como externas, amadas u odiadas, hacia un aplacamiento del odio frente al amor, en un proceso de integración y reordenamiento general de estos objetos internalizados.

A diferencia de Freud, Klein encuentra una explicación al dolor concomitante al trabajo del duelo.

El dolor experimentado en el lento proceso del juicio de la realidad durante la labor del duelo, parece deberse en parte, no sólo a la necesidad de renovar los vínculos con el mundo externo y así continuamente experimentar la pérdida, sino al mismo tiempo y por medio de ello, reconstruir ansiosamente el mundo interno que siente en peligro de deterioro y de desastre (Klein, 1940, p. 356).

En resumen, para Klein (1940) el niño irá configurando un mundo de representaciones inconscientes de sus objetos de amor que serán interiorizados como buenos o malos, esto en la relación entre la realidad exterior y su correlato de representaciones que estructuran su mundo interno. Por ende, el niño aliviará su pesar recordando las cualidades buenas de la persona perdida debido a la calma que significa conservar internamente su objeto de amor idealizado, venciendo de este modo la posición depresiva infantil que se ha revivido con la pérdida. Sus duelos entonces dependerán de cómo estén internalizados esos objetos, y estarán en relación directa con las vivencias de las pérdidas más tempranas.

Cuando el sujeto en duelo reinstala dentro de sí a los padres buenos y a las personas recientemente perdidas y reconstruye su mundo interno, que estuvo desintegrado y en peligro, puede vencer su pena, gana nueva seguridad y logra armonía y paz verdaderas (Klein, 1940, p. 371).

Desde una perspectiva más contemporánea, pero sin contrariar los postulados psicoanalíticos clásicos, Gabriel Donzino (2003) tiene su propia definición de duelo.

El duelo es un trabajo, un proceso simbólico, intrapsíquico, de lento y doloroso desprendimiento de un objeto catectizado, que supone un reordenamiento representacional. Es la elaboración psíquica sobre el estatuto de un objeto que ha devenido ausente. En este sentido es humanizante y enriquecedora de la vida anímica. Su contracara, la melancolía, o duelo patológico, en cambio, muestra justamente el fracaso de esta simbolización (p. 40).

Jean Allouch (1995), propone una nueva manera de entender el duelo, que implica un cambio paradigmático dentro de la teoría psicoanalítica.

Realiza una crítica a la manera de concebir el duelo en lo expuesto por Freud (1915) en su texto *Duelo y melancolía*, diciendo que “Freud basándose en una versión no crítica del duelo, pretendió así comprender la melancolía” (Allouch, 1995, p. 19).

Allouch (1995) contraría los postulados Freudianos en los que el trabajo del duelo implicaría desanudar la libido del objeto perdido; principio de realidad mediante, y volverla sobre algún objeto sustituto. Por su parte propone entender el duelo como un sacrificio que realiza el deudo al también perder una parte de sí mismo, que sería insustituible e irrecuperable.

Contra un fondo de insatisfacción respecto de la versión psicoanalítica del duelo entonces aceptada, varias experiencias sin embargo diferentes (la mía, la lectura lacaniana de Hamlet, la lección recibida de Oé) convergían hacia otra versión que sitúa hoy el duelo esencialmente como un acto sacrificial gratuito, que consagra la pérdida al suplementarla con un pequeño trozo de sí (Allouch, 1995, p. 23).

Este “pequeño trozo de sí” que pierde el deudo pertenece ahora al orden de lo irrecuperable, de lo insustituible. Es lo que pierde de sí en un sacrificio gratuito que se realiza para aceptar la pérdida del objeto en última instancia. El autor se pregunta ¿Hasta qué punto justamente el duelo; o dolor, no es sino promovido por lo que se pierde y no se puede reemplazar o recuperar?

Quien está de duelo se relaciona con un muerto que se va llevándose con él un trozo de sí. Y quien está de duelo corre detrás, los brazos tendidos hacia delante, para tratar de atraparlos a ambos, al muerto y al trozo de sí mismo, sin ignorar en absoluto que no tiene ninguna posibilidad de lograrlo (Allouch, 1995, p. 30).

Según el autor de marras, que lo que se pierda sea insustituible, es lo que marca la diferencia radical con la concepción de duelo Freudiana, donde una vez desanudada la

libido del objeto perdido el yo podía investir otro objeto sustituto, sin pérdida alguna. El duelo no implicaría cambiar de objeto, sino cambiar de relación con el objeto.

Para Bacci (2010) “Allouch cuestiona esta postura freudiana mostrando como la superación del duelo se complejiza en la medida que lo que se debe retirar del objeto de amor perdido implica un registro narcisista ubicado en el otro.” (p.1)

Capítulo 3.

La elaboración del concepto de muerte en el niño.

(La muerte como un concepto en desarrollo)

En un diálogo entre algunos autores se intentará exponer cómo desarrolla y comprende el concepto de la muerte el niño en sus primeros nueve años de vida.

Ortiz (2007), intenta describir este proceso desde un marco teórico que articula el psicoanálisis y la epistemología genética.

La autora basándose en la teoría Piagetiana del desarrollo cognitivo nos dice que en el periodo sensoriomotriz, que va desde los cero a los dos años, se dan cuatro procesos básicos a nivel intelectual mediante los que el niño logra construir las categorías de objeto, espacio, causalidad y tiempo. Siendo en este periodo donde “La permanencia del objeto es un logro cognoscitivo fundamental para entender el proceso y el momento en el que el niño puede representar un objeto exterior a sí mismo, es decir la existencia o inexistencia de los objetos.” (Ortiz, 2007, p. 61). Esto permite que el niño pueda entender el que los objetos continúan existiendo así queden fuera de su campo visual. Anteriormente el niño no tiene establecida la categoría relativa al tiempo, por lo tanto toda ausencia es también sentida como definitiva.

La permanencia del objeto, y la construcción de las categorías espacio, causalidad y tiempo, son indispensables para ir configurando la noción de muerte en el niño.

La permanencia del objeto, para los bebés de nuestra cultura, se establece entre los 3 y 9 meses de forma estable, según como de estructuradas y contenedoras hayan sido estas experiencias primordiales con el otro primordial (la madre o sustituta) (Tizón, 2009, p. 220).

El autor nos dice que éste logro cognitivo se va concretando y dramatizando entre pérdidas y reencuentros sistemáticos.

No hay para Ortiz (2007) antes del primer año de vida una representación de muerte en cuanto tal, debido a que es todavía incipiente la separación que realiza el niño entre el mundo interior y el exterior. La relación de apego y la escasa noción de causalidad no le permiten representar una causa externa a la muerte. A ésta edad, el nivel de reacción frente a la pérdida, corresponderá al nivel de representación alcanzada.

Los niños menores de dos años, si bien no poseen una comprensión cognitiva de la muerte, el concepto “muerte”, son extremadamente sensibles a los cambios que la muerte de un familiar induce en su familia y, particularmente, en sus figuras de vinculación primigenia. (Tizón, 2009, p. 246).

En el periodo preoperatorio, que abarcaría de los dos a los siete años aproximadamente, se afianzaría paulatinamente la función simbólica. Esto agrega un ingrediente a la inteligencia del niño, ya que pasa de la inteligencia práctica a una más representativa, que le atribuye la capacidad de manipular la realidad mediante símbolos, signos, imágenes y preconceptos.

Según el marco epistémico Piagetiano con el que trabaja Ortiz (2007), el egocentrismo y la omnipotencia del pensamiento del niño son los aspectos más sobresalientes de éste periodo. Éste tiene dificultades para entender el mundo desde una perspectiva diferente a la propia, y confiere a su pensamiento una omnipotencia tal que cree tiene injerencia directa sobre lo que pasa en la realidad. Debido a esto puede sentir que como consecuencia de sus pensamientos o conductas enfermó un hermano, o hasta murió un progenitor.

Tienden a sentir que la muerte tiene que ver con sus propios deseos y fantasías, omnipotentemente investidos, y con eso, al dolor de las pérdidas se sobre añade el tormento de la culpa incipiente y las auto acusaciones. Así, por ejemplo, pueden llegar a creer que causaron la enfermedad o la muerte del familiar o allegado. (Tizón, 2009, p. 241)

El niño en el periodo preoperatorio es un pensador transductivo según Ortiz (2007), que infiere de lo particular a lo particular, asociando dos hechos como causa y efecto solo porque uno precede al otro. Otra particularidad del pensamiento infantil de éste periodo es el animismo, que se caracteriza por adjudicar vida y conciencia a objetos inanimados. También tienden a materializar la vida anímica mediante un realismo, en el cual suelen confundir los eventos psicológicos con la realidad objetiva.

En el niño en este periodo preoperatorio la muerte puede adoptar corporeidad porque aún no accede al pensamiento abstracto, y necesita cosas concretas en las que apoyarse. Así que la muerte puede ser “por ejemplo, un señor que viene en la noche, el coco” (Ortiz, 2007, p. 62).

Según Tizón (2004) el niño un poco antes de los siete años logra ya diferenciar entre la muerte y las características del sueño, y logra completamente la noción de insensibilidad tras la muerte. Por su parte la noción de irreversibilidad y universalidad continúan aún en construcción, esto quiere decir que por ahora el niño sigue sin entender que la muerte es un estado irreversible, y que también es universal, alcanzará a todas las personas en su momento. Esto puede manifestarse en algunos juegos en los que mediante el animismo se dota de vida a personajes, que, tras un corto periodo muertos en la fantasía lúdica, vuelven a vivir. El niño en general no presenta angustia frente a la idea de muerte antes de ésta edad.

A partir de los siete años hay un sensible cambio en la construcción del concepto, con la noción de insensibilidad ya adquirida, la de irreversibilidad y universalidad toman otra dimensión, aunque siguen siendo inciertas. Pueden aparecer angustias masivas ante la representación de la muerte a ésta edad, y activarse algunas defensas.

Para el autor de marras, los ocho años son una edad clave para la adquisición del concepto de muerte. Las nociones de insensibilidad e irreversibilidad están ya completamente adquiridas, mientras que la de universalidad aún presenta algunas dudas. El niño afronta la angustia concomitante a la representación de la muerte con defensas más organizadas que en periodos anteriores.

A los nueve años quedaría definida la noción completa de la muerte en el niño, con un entendimiento cabal de la noción de insensibilidad post-mortem, así como del estado de irreversibilidad, y la condición universal de la muerte. En esta edad las vivencias propias y familiares modulan y encausan la angustia frente a la muerte.

Cristaliza en su mundo interno alrededor de los 8-9 años, cuando sus capacidades para las operaciones formales están madurando rápidamente. La muerte se va haciendo para ellos algo real (no es un juego, ni una dramatización, ni algo evitable), con las correspondientes nociones de insensibilidad e irreversibilidad después de la muerte. Avanzan de forma importante sus capacidades para aprehender el cúmulo de fenómenos, principales y secundarios, que la muerte implica. (Tizón, 2009, p. 248)

Para Ortiz (2007) la comprensión intelectual de la muerte que pueda hacer el niño depende del desarrollo cognitivo que haya alcanzado al momento de la pérdida, y la angustia que experimenta tiene diferentes significados también en función de ésta variable. El niño atribuirá diferentes sentidos a los hechos dependiendo de conciencia lograda por su

mismidad, o la separación que haya logrado en una etapa determinada entre sí mismo y el objeto.

Cabe aclarar que para lograr entender a la etapa que se remite el próximo capítulo; y el trabajo en su totalidad, hay que diferenciar cuando se podría estar hablando de elaboración del duelo propiamente dicha en el niño.

Sólo desde el momento en que el niño posea lenguaje y simbolización del objeto como ausente, distinción entre lo animado e inanimado, pasado, presente y futuro y relaciones causa-efecto. A partir de allí podremos hablar, teóricamente, de duelo en sentido estricto. Previo a ello, la pérdida, será significada como abandono o inscripta como vacío (...) no es significable como tal, sino como una ausencia infinita o como un agujero en su cuerpo. (Donzino, 2003, p. 51).

Capítulo 4.

El duelo en la infancia.

Son varios los autores que plantean que el duelo en la infancia difiere en varios aspectos del duelo en el adulto.

Al desligarnos del concepto de duelo de los adultos como el modelo normal posible de tramitación, le dimos lugar a los fenómenos propios del psiquismo infantil. Y son ellos los que determinarán las características particulares del duelo en los distintos momentos de la infancia (Duek y London, s.f, p. 318).

Según Tizón (2009) los procesos de duelo en los niños difieren al menos en cinco aspectos cruciales en contraste en cómo se da en los adultos. En principio, considera que existe en el niño una fragilidad yoica donde aún no está completa la integración de las defensas. Hay un predominio del tipo de defensas primitivas sobre las más adaptativas, esto debido a que la estructuración psíquica es aún incipiente, y la diferenciación entre fantasía y realidad es aún incierta y oscilante. Segundo, que tienen la necesidad de tener los objetos realmente presentes, pues su mundo representacional introyectado se encuentra en constante construcción, movimiento y reordenamiento, y lo único que garantiza seguridad es encontrar al objeto concreto en la realidad. La ausencia es vivida de manera mucho más amenazante y desestructurante. Tercero, un desarrollo cognitivo menor al del adulto determina qué; aunque pueden experimentar emociones profundas frente a la pérdida, no poseen la experiencia ni recursos cognitivos para comprender cabalmente lo sucedido. Como cuarto punto; en relación a la inmadurez afectiva, el autor nos dice que a diferencia de los adultos “los niños no pueden tolerar durante mucho tiempo un dolor intenso, por lo cual suelen alternar los periodos de tristeza y llanto con la risa, el juego o incluso la hiperactividad” (p. 238).

Por último hay que considerar los modos de expresión particulares que tienen los niños, aún más cuando se trata de la elaboración del duelo. El juego parece ser el medio más natural de expresión. “Lo que puede ser un juego raro, reiterativo o sin demasiado sentido, tal vez sea en la realidad un serio esfuerzo por parte del niño para comprender, para elaborar y para aceptar.” (Tizón, 2009, p. 238)

Otros autores también apoyan esta idea, Donzino (2003) y Grinberg (1971) nos dice que:

El dominio del lenguaje y la simbolización posibilitarían a través del juego, recrear, al modo de un compañero silencioso, la elaboración de la relación con el objeto perdido, de la misma manera que en las fantasías y en los recuerdos haría la elaboración del duelo un adulto (Donzino, 2003, p. 52)

El niño dramatiza a través de su actividad lúdica las fantasías inconscientes en relación con el objeto perdido, los mecanismos de defensa que se ponen en movimiento y sus intentos de elaboración. Lo que intenta a través del juego es no sólo descargar sus fantasías o encontrar una forma adecuada para su comunicación, sino también poder manejarlas, controlarlas y modificarlas (Grinberg, 1971, p. 210)

Para Edita Veira (s.f) otros factores que inciden en la elaboración del duelo en el niño pueden ser: el desarrollo emocional del mismo, el momento evolutivo en el que se encuentre, la relación previa con el muerto y las características del mismo, y el nivel de organización psíquica alcanzada por el niño al momento de la pérdida.

Son varios los autores que concuerdan con ésta última idea de que la organización psíquica adquirida por el niño es determinante para la elaboración del duelo. Entre ellos: Tizón (2009), Ortiz (2007), Donzino (2003) y Duek y London (s.f). Para estas últimas “En los niños hay trabajo de duelo. Este está determinado por el momento de organización alcanzado en la estructuración psíquica infantil”. (Duek y London, s.f, p. 319).

En relación a lo que Tizón (2009) plantea vinculado a las defensas que se pueden desplegar frente a la pérdida en la infancia, donde predominan las más primitivas o psicóticas sobre las más adaptativas o neuróticas, Uribarri (1991) nos dice que existe en esta etapa una “fuerte operancia de la escisión, desmentida e idealización” (p.167).

Esta puesta en juego de la idealización como defensa puede dejar enquistado un proceso de duelo por varios años, ya que los afectos hacia el objeto perdido permanecen inalterados o condicionados por este recurso, que menoscaba el funcionamiento yoico, perturbando así la relación consigo mismo y con el mundo externo. Incidiendo en detrimento directo en la elaboración del duelo por parte del niño.

En relación a la desmentida, Ihlenfeld (1998) nos dice que es un mecanismo descrito por Freud (1927, 1940) y que funciona de manera que:

Frente a una realidad intolerable para el yo surge, a veces, la coexistencia de dos actitudes psíquicas frente a la misma. Una de ella la tiene en cuenta, la otra la niega y la sustituye por

una producción de deseo manteniéndose las dos actitudes sin influirse recíprocamente (Ihlenfeld, 1998, p. 5)

Pero la desmentida, si no funciona de manera rigidizada y cronificada resulta operativa como mecanismo defensivo temporal en pro de que el niño pueda ir asimilando la nueva realidad.

Puede ser usada no solo como mecanismo de defensa sino como estructurante del Yo, un recurso que le dé tiempo a éste Yo de enfrentar y tolerar una realidad tan desorganizativa. Debido a las características del desamparo infantil ese doble movimiento de reconocimiento y negación se vuelve predominante. (Duek y London, s.f, p. 317).

Scalozub (1998) afirman que este tiempo de espera que el niño necesita para reordenar su mundo representacional; y ajustarse al principio de realidad que denuncia la pérdida, obedece a su inmadurez cognitiva y afectiva. Quedando entonces los procesos de duelo en una suerte de "Stand by" (p.376) hasta que su progresiva madurez le permita ir significando en la medida de sus posibilidades la ausencia del ser querido.

El duelo en la infancia quedará en una suerte de "stand by" que dará el tiempo para transitar hacia la elaboración y la simbolización en tanto la estructuración psíquica infantil va teniendo lugar. Dicho logro podrá darse entonces, en momentos posteriores de la vida. (Scalozub, 1998, p. 376)

Es sustancial que éste tiempo en que el niño va procesando su duelo sea sostenido por los adultos significativos de su familia

Ese tiempo de espera tiene una posibilidad de realización en la trama vincular familiar. Es en ella que se podrán sostener, como dije antes, el que las defensas se organicen, pero también que el examen de realidad, sello ineludible del duelo, tenga lugar (Scalozub, 1998, p. 376).

Capítulo 5.

La muerte de un progenitor.

De las pérdidas de un objeto de amor que puede llegar a padecer un niño en su infancia, es sin dudas la de un progenitor la que implica un grado de complejidad mayor. Desde un abordaje de varios autores se intentará pensar las características generales que tiene para la infancia éste tipo especial de pérdida.

En palabras de Urribarri (1991):

Estimo también importante resaltar el valor que tiene el objeto perdido, primordialmente cuando se trata de alguno de los progenitores, en tanto pierde a aquel, que a través de su mirada lo define y diferencia, así como lo designa e identifica; y cuya ausencia representa - desde esta perspectiva- una amenaza de desorganización del self y ruptura del sentimiento de identidad. En otros términos, pierde el espejo en el cual se mira y se reconoce, así como es mirado y reconocido por este otro significativo y valorizado, cuya ausencia lo sume en el anonimato y el desamparo, quedando carente de ese pilar central de su estructuración psíquica (p. 167).

La elaboración del duelo se complejiza con éste tipo de pérdida, dado que los procesos defensivos se vuelven más rígidos que en otros casos y traban seriamente la tramitación. Esto se debe a la importancia del progenitor “en cuanto a la satisfacción de necesidades, suministro y sostén narcisístico, modelo identificatorio y objeto con el cual estructurar la triangularidad edípica” (Urribarri, 1991, p. 159)

Veira (s.f) concuerda con esta idea “En el caso de la muerte de alguno de sus padres, la situación a vivir por el niño implica la pérdida de un soporte narcisista que lo sume en el desamparo, lo que lo convierte en una instancia de difícil elaboración” (p. 587).

Para Tizón (2009) la pérdida de un progenitor en la infancia implicaría una serie de duelos imbrincados, y su complejidad se torna mayor si se trata de la madre, por la importancia de los cuidados y el contacto físico que constituyen a la urdimbre afectiva. También porque junto con el niño conforman esa díada primigenia con efectos tan estructurantes a nivel psicobiológico y psicosocial, lo que determina que se den algunas características diferenciales según el género del progenitor muerto.

En la misma línea Ihlenfeld (1998) cree que cuando un niño se ve enfrentado a la muerte de uno de sus padres la conmoción suele ser particularmente intensa, porque su psiquismo se encuentra en formación, y además de ser sumamente relevantes como soporte narcisista y sostén identificador los necesita “como figuras receptoras a sus movimientos pulsionales” (p. 2)

También existen riesgos para el niño en éste tipo de pérdida, no solo puede perder fehacientemente a uno de sus padres, sino que puede perder como sostén al padre que queda por estar sumido en su propio duelo.

Al producirse la muerte de uno de los padres, un chico pierde al menos momentáneamente la posibilidad del encuentro vital con ellos, uno ya no está y el otro está inmerso en los avatares de su propio duelo. Es natural que esto le quite disponibilidad en el vínculo con su hijo pues es sabido que la retracción narcisista propia de determinados períodos del trabajo interno frente a la pérdida incide en el reconocimiento que pueda hacerse de las necesidades de los otros (Ihlenfeld, 1998, p. 10).

Un ejemplo ilustrativo de lo precedente es citado por Ihlenfeld (1998) en un relato de unos de sus pacientes adolescentes que perdió a su padre.

Yo, lo que sé es que realmente me hace falta. Como que es difícil crecer sin alguien que te acompañe, que vea los logros que vas teniendo. Es difícil crecer sin un padre y, sin una madre también. Muchas veces esperé que mi vieja reaccionara y no podía hacer nada, estaba metida en los problemas, al final estas huérfano. Te quedas esperando, me quedé a la deriva, te quedas a la deriva sin que nadie te entienda o te acompañe. En sí, cuando falleció mi padre falleció mi madre, también fue un golpe demasiado fuerte para todos, quedé desencajado de todo lugar. Me puse una máscara, me quedé sin diálogo, con mi madre no podía hablar y mi padre ya no estaba (p. 6).

Muchas veces entonces el niño queda desinvertido por el otro progenitor que también cursa su propio duelo, pero eso se complejiza porque según Bowlby (2009).

No solo éste se encuentra en un estado emocional de aflicción sino que ahora es el único responsable de los hijos, en lugar de compartir esa responsabilidad (...) el resultado de esto es que precisamente cuando un niño está más necesitado de la paciencia y comprensión de los adultos que están a su lado, éstos no se encuentran en condiciones, por lo general, de brindarle esa paciencia y comprensión (p. 300).

Como vimos en capítulos anteriores, el padre sobreviviente también queda sin un sostén social, porque al quedar suprimidos en la actualidad todos las manifestaciones sociales vinculadas al luto, parece también quedar suprimida su posibilidad de hacer compartido su padecer. Esto va en detrimento directo de la elaboración de su duelo singular, repercutiendo en cómo pueda ayudar a gestionar el duelo del niño. Este punto es de capital relevancia, porque según Ihlenfeld (2010) “El vínculo con el padre sobreviviente marcará, de algún modo, las características del trabajo interno que pueda realizar el niño frente a la pérdida (...) necesitará de la disponibilidad personal y mental de los adultos con los que convive” (p. 12).

Una sustancial proporción de las especiales dificultades que experimentan los niños después de la pérdida de un padre son el resultado directo de los efectos que la pérdida tuvo en la conducta del padre sobreviviente con ellos. Sin embargo, hay por suerte muchos otros padres que a pesar de sus cargas son capaces de mantener intactas las relaciones con los hijos y ayudarlos a pasar del duelo del padre muerto de manera que salgan del trance sin sufrir daños (Bowlby, 2009, p. 302).

Según Scalozub (1998), otro de los riesgos que puede correr el niño por haber perdido a uno de sus progenitores, es que:

Si el adulto está afectado por esa pérdida, la función de sostén puede invertirse (...) Un padre o una madre (desde su lugar en la estructura familiar) podrán requerir y buscar consuelo en el hijo. Siendo en este caso la función del niño desplazada a otro lugar en la estructura, y a veces al del ausente (p. 376).

Siendo que el niño es el que necesita un mayor apoyo y sostén, para con la ayuda del padre que queda poder simbolizar y semantizar la pérdida, lo anterior se podría concebir como una práctica iatrogénica.

Pero tampoco se puede olvidar que “no solo el niño, sino también el adulto, precisan de la ayuda de otra persona en la que confíen para recuperarse de la pérdida del ser querido” (Bowlby, 2006, p. 117). Aunque lo saludable sería buscar otras vías de contención.

Capítulo 6.

El adulto como facilitador o inhibidor del trabajo del duelo en la infancia.

El adulto; determinado por las pautas culturales, asumirá una posición contingente frente al niño que ha sufrido una pérdida significativa. Las prácticas y discursos que éste adulto despliegue frente al niño en relación a la muerte oficiarán como facilitadores o inhibidores del trabajo de duelo.

Para Dolto (1988) “Todo lo que concierne a la acción de esas personas y a lo que dicen, y a su conducta, actúa sobre el niño. Esa posición no es positiva ni negativa, es efectiva, es dinámica, vitalizadora o desvitalizadora” (p. 17)

La muerte es una crisis que deben afrontar todos los miembros de una familia, también los niños. Han de participar en los rituales que ayudarán a asumir esa pérdida y necesitarán apoyo y consuelo para vivir las reacciones normales de tristeza, llanto, rabia, culpa o ansiedad. El mensaje que transmitan los adultos que los rodean les servirá como modelo para hacer frente al dolor y adaptarse a la nueva situación (Herrero, 2009, p. 54).

Hay varios autores que alinean con la idea de que por lo general los adultos tienden a separar a los niños de lo que tiene que ver con la muerte, sobre todo si se trata de un allegado o una figura significativa. Se cree que de esa manera se los protege, o que, por falta de madurez o desarrollo cognitivo no comprenden el hecho, y disociándolos de las manifestaciones sociales o singulares vinculadas a la muerte, se les evita sufrimiento. “Los adultos hemos creído durante muchos años que el niño ignoraba esos problemas y que entonces no se los planteaba” (Aberastury, 1976, p. 2).

Herrero (2009) piensa que “Es necesario desmitificar la idea de que los niños y ancianos no son conscientes de las pérdidas y no deben participar en los procesos familiares y sociales de afrontamiento y ritualización” (p. 54).

Cuando el adulto miente cree defender al niño del sufrimiento. En una actitud similar al del pensamiento primitivo, piensa que negando el dolor mágicamente lo anula. El adulto suele mentir a su hijo cuando muere un ser querido y piensa que no hablar de la muerte es hacer que esa muerte no exista para el niño (..) Uno de los más profundos dolores de la infancia proviene de la incomprensión del adulto o de la falta de respuestas a sus preguntas, o, más aún: de intuir que las respuestas a esas preguntas es una mentira (Aberastury, 1976, p. 4)

Para Tizón (2009), en relación a la muerte, “Normalmente somos los adultos quienes no pudiendo soportar la intensidad, viveza y expresividad del dolor y la pena infantil, tendemos a disociarla, negarla e intelectualizarla” (p. 225). Pero esto va en detrimento directo del trabajo del duelo del niño ya que, para Scalozub (1998) “Ni una impronta realista, intelectual y forzada, ni un sostén prolongado de la negación, favorecen la elaboración del duelo” (p. 380)

El silencio, el ocultamiento, y la tergiversación por parte del adulto de lo ocurrido, son prácticas que repercuten de manera negativa sobre los procesos de trabajo del duelo en el niño. Sobre esto Urribarri (1991) nos dice que:

Los procesos frente a la pérdida se pueden ver dificultados o patologizados por la influencia del medio familiar, (que también sufre la pérdida), que no colabora para que el niño pueda compensar su carencia y procesar su sufrimiento; así como también el papel deletéreo que las dificultades de los adultos a hablar francamente sobre la muerte y la tendencia a las mentiras y mitos en torno al tema, que operan negativamente y favorecen la patología en los niños (p.167).

En la misma línea Ihlenfeld (1998) opina que “La elaboración de la experiencia vivida puede quedar trabada si los adultos no le brindan al niño representaciones que le permitan trabajar mentalmente con la pérdida” (p.1).

De los varios motivos por los cuales el adulto miente, oculta, o tergiversa información de la muerte hacia la infancia, Donzino (2003) opina que, al estar identificados proyectivamente con los hijos:

Son los propios aspectos infantiles de los padres que le hacen suponer que le están hablando a sí mismos desvalidos respecto de esa muerte. El silencio, las mentiras o las explicaciones falsas, exigen al niño realizar un doble trabajo. El niño “sabe” que algo ha pasado, no sabemos qué representación tiene de la muerte pero sí que tiene una inscripción de lo ocurrido, una percepción de que alguien no está. Esta percepción de lo ocurrido debe ser falseada en función de lo que le cuenten como ocurrido. El niño debe renegar una convicción en función de una palabra mentirosa (p. 49).

Otro aspecto que ponen de relieve varios autores sobre lo que los adultos dicen a los niños en relación a la ausencia de un ser querido, es lo que tiene que ver con creencias religiosas, propias o ajenas. Edita Veira (s.f) se pregunta “¿Cuál es la idea familiar en

relación a la muerte? (Forma de concebir el mundo, religión), aspecto éste último que creo indispensable respetar” (p. 588)

Tizón (2009) cree que lo que se le dice al niño, y como se le dice, influye de sobremanera en el desarrollo de sus procesos de duelo. Y que en el caso de la nuestra cultura es frecuente que los familiares digan al niño que la persona muerta “ha ido al cielo” (p. 239). No habría problemas si la familia es creyente, y esa comunicación va acompañada de la aclaración de que “el cielo” es un lugar del que no se vuelve. Entre otras cosas porque el niño en ciertas etapas tiende a asimilar las cosas en su sentido literal. Pero el problema radicaría en el caso de que:

Si la familia no tiene profundamente integradas esas creencias, el niño percibe desde el principio una discrepancia entre lo que se le dice y piensa en la familia. Eso complica la elaboración de los procesos de duelo, añadiéndole nuevas dificultades, tanto cognitivas, como, sobre todo, emocionales (Tizón, 2009, p. 239)

De forma congruente Ihlenfeld (1998) piensa que “Los mensajes familiares que obedecen a convicciones ajenas a la realidad sobre la muerte dificultan la subjetivación de la pérdida por parte del niño” (p. 13)

Las anteriores son prácticas y discursos de los adultos que pueden inhibir los procesos de elaboración del duelo en el niño, con el riesgo de que éste proceso quede congelado, y por ende el duelo enquistado. Como contrapartida, existen otros tipos de intervenciones por parte de los adultos que estén a cargo del niño que sufre la pérdida, que lo ayudan a significar, semantizar y simbolizar dicha pérdida. El niño; sumido en vivencias de desamparo por la situación, necesitará imperiosamente de los adultos que los rodean. Scalozub (1998) piensa que:

La noción de ausencia definitiva que implica la muerte, no puede ser aprehendida por un niño, si no media un trabajo psíquico que requiere ser sostenido (...) trabajo que tendrá su lugar intrapsíquicamente, pero con un indispensable sostén en los vínculos familiares significativos (p. 371)

Son varios los autores que alinean con la idea de que el sostén brindado por los adultos es determinante. Sonia Ihlenfeld (1998) cree que la pérdida de un ser querido “para un niño constituye siempre una particular exigencia de trabajo psíquico para el que necesitará de la disponibilidad personal y mental de los adultos con los que convive” (p. 14)

En una reflexión, Veira (s.f)

Pienso que frente a la realidad de un yo inmaduro, con dificultad para procesar el duelo, es importante permitir a sus figuras de apoyo que le presten sus posibilidades y compartan su elaboración de la situación, superando la tristeza y la ambivalencia hacia lo perdido (p. 587).

A nivel discursivo, para el niño son de suma importancia las verbalizaciones que el adulto pueda hacer sobre lo sucedido. Las preguntas: ¿Que decir? ¿Cómo decirlo? ¿Cuándo decirlo? son frecuentes. Algunos autores nos ayudarán a echar luz sobre el tema.

Sabemos que es una situación compleja porque el adulto también transita su propio duelo, pero el niño necesita que éste le hable de la pérdida. Winnicott (1996) entiende que “Una información simple sobre el hecho basta para posibilitarle al niño el cumplimiento del proceso de duelo; de lo contrario caerá en confusión” (p. 158)

En un niño la posibilidad de recurrir a las palabras que den cuenta de las representaciones vinculadas a la pérdida depende mucho del tipo de transmisión verbal que pueda hacer el padre que vive y el resto de la familia (Ihlenfeld, 1998, p. 11).

Para Dolto (1988) es sumamente importante que al niño se le comunique la verdad.

Espero que quede bien aclarada la importancia de decir la verdad, esa verdad que los adultos comunican a los niños, quienes no solamente la desean en forma inconsciente, si no que la necesitan y tienen derecho a conocerla, aun si el deseo consciente, que es el que expresan con palabras respondiendo a la invitación de los adultos, se inclina por el silencio tramposo, que genera la angustia. La verdad puede ser dolorosa a menudo pero, si se dice, permite al sujeto reconstruirse y humanizarse (p. 9).

Veira (s.f) concuerda, “valoraremos decir la verdad (...) la explicación puede no ser fácil, pero se trata de que sea sencilla y clara, sin desvalorizar las posibilidades de comprensión del niño” (p. 590). Esto es de gran ayuda, porque de ésta manera “los niños adquieren una gran seguridad en sí mismos porque alguien les ha dicho la verdad” (Dolto, 1988, p. 69)

En relación a ¿Cuándo es mejor comunicarle al niño sobre la pérdida?, Dolto (1988) recomienda que sea lo antes posible, porque el niño ya intuye que algo sucedió, y el silencio, la mentira o la tergiversación, pueden resultar prácticas discursivas iatrogénicas. Hay que comunicar “la verdad, y enseguida” (p. 77). De lo contrario pueden existir algunos

riesgos. “Hay que hacer que se comuniquen los padres con el niño mucho antes de que aparezca algún síntoma (...) cuando aparece, suele convertirse en un modo de vida” (p. 91)

Más allá de lo que el adulto pueda comunicarle al niño de lo relativo a la pérdida, es sumamente importante fomentar que el niño haga preguntas, que manifieste su malestar, que pueda poner en palabras su dolor. “Hay que dejarlos hablar de todo lo que imaginan al respecto (...) es necesario que las criaturas puedan hablar, hacer preguntas” (Dolto, 1988, p. 124) “Una forma de calibrar sus capacidades de comprensión y elaboración es animándole a hacer preguntas y respondiéndole en términos plenamente inteligibles para él” (Tizón, 2009, p. 237)

La comunicación abierta, bilateral, ajustada a la realidad pero en términos simples ayuda al niño a dar sentidos a la ausencia, a significarla. Activando movimientos dinámicos que le ayudan a procesar su trabajo de duelo.

Lo que hace falta con un niño es entrar en comunicación con él a raíz de su deseo y abrir el mundo en palabras en esa oportunidad; un mundo de representación, un mundo de lenguaje, de vocabulario (...) la verdadera satisfacción está en hablar (Dolto, 1988, p. 69)

El no poder representar el dolor mediante palabras no permite subjetivar de manera humanizada la pérdida, porque el lenguaje es una construcción que permite acceder a la cultura. No poder figurar el sufrimiento en ese código que representa el lenguaje tiene sus riesgos. “Esos niños pierden vitalidad lentamente porque no tienen las palabras para expresar su tristeza, algo muy intenso en ellos se ha debilitado.” (Dolto, 1988, p. 79). Esto los deja solos, con un padecer que no pueden hacer compartido por estar coartada la posibilidad de hablarlo con su círculo de figuras adultas significativas.

Hay varios autores que piensan que hablar con los niños de manera franca, considerada y abierta sobre la muerte de algunas de sus seres queridos evita varios riesgos potenciales. Uno de ellos puede ser es minimizar el sentido de culpabilidad ante el hecho de la pérdida.

El componente egocéntrico de su concepción ante la muerte debe ser confrontado prudente pero firmemente por lo familiares, tutores y, en general, el personal asistencial del niño: hay que discutir las perspectivas egocéntricas de culpabilidad y omnipotencia negando esa posibilidad y ofreciendo ejemplos y muestras prácticas de lo contrario (Tizón, 2009, p. 247).

Otra de las ventajas de decir la verdad al niño es que se evita que éste elucubre fantasías desajustadas de la realidad. Si se le brinda información falsa sobre lo ocurrido, puede que también le genere falsas expectativas, como puede ser el hecho de pensar que puede recuperar a la persona perdida. Hay que evitar decir algunas mentiras que puedan confundir al niño, ya que en ciertas etapas toma todo lo que se le dice en su sentido literal.

Los adultos frecuentemente hablan a los niños de los duelos y las muertes de forma velada y figurada. Pero a menudo tienen poco en cuenta que las operaciones mentales de los niños, sobre todo antes de los 8-9 años, están dominadas por el pensamiento concreto y las operaciones concretas. Por eso tienden a asumir las cosas literalmente. Cuando un niño pequeño oye que se ha “perdido” un familiar puede reaccionar buscando a esa persona. Si le dicen que su hermanito “se fue al cielo” puede esperar su regreso y fantasear y tiempo sobre ese misterioso lugar. Si le dicen que se fue ‘porque era muy bueno’ puede sentir que el “ser muy bueno” es uno de los motivos de la pérdida, de la separación y tal vez acomode su comportamiento para evitar irse, o que los demás se vayan (Tizón, 2009, p. 237).

Otro aspecto relevante en la injerencia que tienen las prácticas adultas sobre los niños que transitan su duelo es que, muchas veces los niños tienden a imitar estas prácticas o manifestaciones por ser sus referentes. Por lo tanto, para el niño, “depende de cómo los familiares hablen de la muerte y de cómo se muestren ante ella” (Tizón, 2009, p. 250)

El modelo y el mensaje que el adulto envía al niño son recibidos por éste y, a menudo, imitados, puesto que el adulto sirve de modelo y referente. Si el padre o madre que no ha muerto transmite la necesidad de ser valiente y no llorar la pérdida, los niños aprenderán que es importante no manifestar emociones como la tristeza y no tendrán de compartirla y avanzar en ella. (Herrero, 2009, p. 55).

Como último punto de éste capítulo se quiere hacer mención a lo alusivo a los rituales funerarios, y a las manifestaciones públicas del luto, de las cuales los niños han sido actualmente excluidos. Este tipo de rituales sociales configuran un entramado de representaciones que ayudan al deudo a significar y sostener su dolor. Para varios autores desplazar a la infancia de estos eventos va en detrimento de sus procesos de elaboración del duelo, los confunde, y aumenta potencialmente la posibilidad de que el niño elabore fantasías desajustadas de la realidad como respuesta a sus interrogantes. “Recordemos cómo la cultura, además, favorece este predominio en la medida en que no tolera el contacto del niño con el tema de la muerte, “preservándolo”, aislándolo de los rituales fúnebres.” (Duek y London, s.f, p. 317)

Para Tizón (2009) es necesario incluir a los niños en estos rituales fúnebres, siempre teniendo en cuenta que participar sea el deseo del propio niño, y no una imposición adulta. Ver el féretro; y cuerpo sin vida de su ser querido, parece ser hoy en día una práctica en desuso y casi prohibida para la infancia, por la falsa creencia de que esto puede resultar traumático. “Los padres se resisten fuertemente a esa percepción directa del cadáver” (p. 237), pero el autor piensa que, si es el caso del niño que “lo desea o la situación no es muy dramática, pueden ver el cuerpo”. Esto le permite lograr un entendimiento más cabal del fenómeno de la muerte. Constatará el estado de insensibilidad de su ser querido, sabrá en lugar que se encuentra, entenderá en alguna medida que su estado es irreversible y que ya no volverá, entre otras de las tantas características generales de la muerte.

Ayudar a esa diferenciación en el tema de la pérdida es otro de los servicios que puede proporcionar que el niño participe en los ritos funerarios o en los diversos rituales ante la pérdida, en la medida de sus capacidades de comprensión. Si se excluye al niño de todos los rituales, se deja que sea sólo su fantasía la que cree el espacio para el duelo, y como es sabido, a menudo la fantasía es mucho más terrorífica y ansiógena que las peores realidades, en especial en los niños afligidos o con problemas (Tizón, 2009, p. 237)

Para Scalouzub (1998) el que los niños también sean partícipes del momento que se da sepultura, no solo confronta al niño con saber cuál es el destino final del cuerpo, y esto coartan la especulación de fabulaciones erróneas, sino que también promueve procesos dinámicos para la elaboración del duelo por su función simbólica.

Sabemos de la importancia del rito de ‘dar sepultura a los muertos’ y su papel en la elaboración de los duelos y la función del lugar asignado para el reencuentro con los recuerdos, en el ritual de la visita (...) memoria y olvido, otro par de opuestos que interjuega en la elaboración del duelo (Scalouzub, 1998, p. 372)

Consideraciones finales.

Vemos cómo el hombre ha atribuido diferentes sentidos y significados a la muerte, y éstas representaciones socio-culturales han variado en el devenir histórico. Esto ha determinado diferentes actitudes, ritos, discursos y prácticas en general que envuelven al hecho fisiológico de la muerte, y lo transmutan también como un fenómeno socio cultural. En cada etapa se ha producido un tipo de sensibilidad diferente, y, salvando las distancias, por varios siglos se mantuvo un denominador común, la muerte era un hecho y evento público. La comunidad toda participaba de los rituales y manifestaciones sociales de la muerte, incluyendo los niños. Esto permitía que el dolor por la pérdida de los deudos fuera sostenido por el entramado social, que colaboraba en hacer transitar el duelo de una manera más contenida. La muerte era vista con familiaridad, y estaba incluida en la cotidianeidad, la sociedad estaba confrontada a ella todo el tiempo.

Pero lo anterior cambia en el correr del siglo XX debido los sustanciales cambios económicos y tecnológicos, como también los avances de la medicina, que son determinantes y motivos de la prolongación de la expectativa de vida, y la hospitalización sistemática de los moribundos. A raíz de esto la sociedad va excluyendo paulatinamente a la muerte, y cualquiera de sus manifestaciones públicas, tanto del duelo, como del luto, y el tipo de sensibilidad que genera deja de construir prácticas y discursos propicios para la una elaboración del duelo singular sostenida y amortiguada por lo social, sobre todo para la infancia, que resultó ser la más excluida de todo lo vinculado a la muerte.

Actualmente, al sentimiento de desprotección y desvalimiento que naturalmente padecen los niños ante la pérdida de un ser querido, se suma una sensibilidad socio-cultural que determina al adulto a cargo de una manera particular, que hace que reproduzca prácticas y discursos en relación a la pérdida que resultan en general inhibitorias de los procesos de duelo, y hasta en alguna medida iatrogénicas. Hay una tendencia general por parte de adulto hacia la infancia de: mentir, tergiversar u ocultar información de todo lo relativo a la muerte, mantener silencio, no contestar preguntas, excluirlos de los rituales fúnebres, etc.

Lo anterior se debe al desconocimiento general por parte de los adultos de algunos aspectos cruciales de cómo operan los procesos del trabajo del duelo en la infancia, que son disímiles a los de la etapa adulta. También por aspectos resistenciales que protegen de la angustia concomitante de hablar de la pérdida, sobre todo a los niños.

Otra razón puede ser el hecho de no tener plena conciencia de cuán importantes para la elaboración del duelo del niño es su función como adulto a cargo. Ni del beneficio aparejado que trae el hecho de poder decirles la verdad sobre lo ocurrido, contestar sus preguntas en términos inteligibles para ellos, no basar explicaciones en falsas creencias, sostenerlo afectivamente, permitirle manifestar la ira, rabia, llanto y hacerle entender que son naturales en ese tipo de circunstancias, o motivarlo a intentar poner en palabras su dolor para poder subjetivar la pérdida.

Referencias bibliográficas.

- Aberastury, A. (1976) *La muerte de un hermano*. Buenos Aires. Ed. Paidós.
- Allouch, J. (1996) *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. Buenos Aires. Ed. Cuenco del Plata
- Ariés, P. (1983) *El hombre ante la muerte*. Madrid. Taurus. (Trabajo original publicado en 1977)
- Bacci, P. (2010) La muerte y el duelo en la hipermodernidad. Revista Querencia.

Recuperado de: http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro13/pilar_bacci.htm

- Bowlby, J. (2006) *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Madrid. Ed. Morata. El trabajo original fue publicado en 1983
- Bowlby, J. (2009) *La pérdida (el apego y la pérdida III)* Buenos Aires. Ed. Paidós. El trabajo original fue publicado en 1973
- Ceriani, C. (2001) Notas histórico antropológicas sobre las representaciones de la muerte. Revista Archivo Argentino de Pediatría.

Recuperado de <http://www.sap.org.ar/docs/publicaciones/archivosarg/2001/326.pdf>

- Dolto, F. (1988) *Los niños y su derecho a la verdad*. Buenos Aires. Ed. Atlántida.
- Donzino, G. (2003) Duelos en la infancia: características, estructura y condiciones de posibilidad. Revista Cuestiones de Infancia.

Recuperado de:

http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/282/Duelos_en_la_infancia.pdf?sequence=

- Duek, R. London, C. (s.f) El duelo ante un acontecimiento inesperado en la infancia: la muerte de los padres. En: *1 er. Congreso Uruguayo de Psicoanálisis y 11 as. Jornadas Científicas.* ()
- Freud, S. (1915) Duelo y melancolía. En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Obras completas (volumen XIV)* Buenos Aires. Ed. Amorrotou.
- Grinberg, L. (1971) El duelo en los niños. *En: Culpa y Depresión. Estudio Psicoanalítico.* Buenos Aires. Ed. Paidos.
- Herrero, O. (2009) El duelo en el niño: cuando es normal y cuando se complica. *Revista Cuadernos de Pedagogía.*

Recuperado de: http://www.imced.edu.mx/biblio/opac/doc_num.php?explnum_id=354

- Ihlenfeld de Arim, S. (1998) Duelos en la infancia. *Revista uruguaya de Psicoanálisis.* (APU)
Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719988803.pdf>
- Klein, M. (1940) El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos. En: *Amor, culpa y reparación.* Buenos Aires.
- Ortiz, C. (2007) El desarrollo psíquico y la subsecuente elaboración y comprensión del concepto de la muerte en el niño. En: *Revista Lasallista de Investigación.*

Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/695/69540209.pdf>

- Scalozub, L. (1998) El duelo y la niñez. En: *Revista Más allá de las fronteras del Psicoanálisis.*

Recuperado de: <http://biblioapdeba.no-ip.org/pgmedia/EDocs/1998-revista2-scalozub>

- Tizón, J. (2009) *Pérdida, pena, duelo. Vivencias, investigación y asistencia.* Barcelona. Ed. Paidos Ibérica.

- Urribarri, R. (1991) Pérdida de seres queridos en la infancia y la adolescencia. En: *Psicoanálisis con niños y adolescentes* (págs. 147-168) Buenos Aires. ELESNA
- Veira, E. (S.F) Reflexiones acerca de la situación de duelo en niños. En *V jornadas de Psicología Universitaria*. Montevideo.
- Winnicott, D. (1996) Psicología de la separación. En: *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires. Ed. Paidós. Trabajo publicado en 1984

